

## PRÓLOGO

*Caversham, Condado de Reading, Inglaterra, 1869.*

—A partir de ahora tendrás que ser valiente, muchacho.

Connor asintió, mirando con solemnidad a la mujer que le sujetaba de la mano mientras subían las escaleras de la residencia de los Culpeper.

—Esto es solo temporal, hasta que consiga contactar con la familia de tu madre —continuó susurrando ella, apretándole la mano cómo si ese simple gesto le pudiese transmitir cierto consuelo.

No lo consoló.

—No tiene de qué preocuparse, señorita MacDunne —aseveró el señor Culpeper, precediendo la marcha—. Le aseguro que su sobrino estará perfectamente cómodo en nuestro hogar. Tenemos un total de seis niños alojados en esta casa, de edades entre cuatro y ocho años, y los cuidamos como si fuesen nuestros propios hijos.

Aquello pareció apaciguar los temores de tía Alice, porque le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

No lo tranquilizó.

—¿Qué edad tienes, chico?

—Seis años —respondió su tía por él.

—¿No habla? —preguntó el hombre, frunciendo el ceño.

—Sí, pero se ha vuelto bastante retraído últimamente —explicó Alice con voz suave—. Verá, su madre murió hace poco, y todavía se está recuperando de la conmoción

—añadió, ante la mirada especulativa del señor Culpeper, como si se sintiera obligada a justificar la conducta del niño.

—¿Y el padre?

—Mi hermano, su padre, ahora mismo no puede hacerse cargo de él —respondió tía Alice sin más, enmascarando la verdad: que el hombre estaba en la cárcel.

Él asintió, mirándolo con curiosidad, pero no dijo más.

Tía Alice guiñó un ojo a Connor, en un intento por animarlo sin palabras después de haber sacado a colación un tema tan doloroso.

No lo animó.

Al llegar a la planta de arriba les condujo por un pasillo amplio salpicado de puertas e iluminado por una ventana de doble hoja al fondo. Una alegre alfombra floreada amortiguó sus pasos hasta llegar a su destino: la tercera puerta a la izquierda, justo al final.

—Esta es una de las mejores habitaciones que tenemos —declaró el señor Culpeper, abriendo la puerta e invitándoles a entrar con un gesto—. Puede que no seamos los más baratos, pero ofrecemos un buen hogar.

—En el anuncio del periódico decía que eran siete chelines mensuales.

—Exacto. Le garantizo que se sobrino recibirá los mejores cuidados... siempre que yo reciba el dinero con puntualidad —añadió a modo de advertencia.

—Le aseguro que recibirá su dinero sin retrasos. Tengo un buen sueldo —aseguró tía Alice con firmeza—. Trabajo en una de las mejores sombrererías de Londres. Y como muestra de buena voluntad, le voy a pagar tres meses por adelantado.

—Aprecio el gesto, señorita MacDunne —murmuró el señor Culpeper, inclinando la cabeza—. Voy a dejarles a solas para que se puedan despedir mientras mando a alguien a que suba el equipaje del niño.

En cuanto el hombre se fue, tía Alice se arrodilló frente a él, cogiéndole por los hombros.

—Es una habitación muy agradable, seguro que estarás muy bien aquí. —Connor mantuvo la mirada clavada en sus pies—. Venga, cariño, mírame. Ya te he explicado por qué no puedo tenerte conmigo. Tengo un horario muy complicado y mi casero no admite niños en mi habitación. Esta es la mejor solución. —Él levantó la mirada y pudo ver las lágrimas que anegaban los ojos de su tía—. Créeme, en cuanto contacte con la familia de tu madre todo se arreglará, ya lo verás.

No la creyó.

Cuando la mujer se fue después de un sentido abrazo y de una promesa de visitarlo al menos una vez al mes, Connor se arrastró hasta la ventana de la habitación, que daba a la parte trasera de la casa.

Prendas de diferentes colores ondeaban como banderas al viento, dispuestas en varias cuerdas que cruzaban el patio. Las gallinas deambulaban de aquí para allá, picoteando en busca de alimento. Un edificio viejo y destartado se alzaba al lado de un granero que había conocido mejores tiempos. Un niño, no mucho mayor que él, alimentaba a una piara de cerdos que había en un pequeño corral. Destellos de lo cotidiano que habían formado parte de su vida con anterioridad, pero que ahora parecían tan lejanos como el recuerdo de la voz de su madre cantándole una canción antes de dormir.

De forma inconsciente, se llevó la mano al relicario que colgaba de su cuello. Era un delicado diseño de orfebrería en oro que había pertenecido a su madre y que había pasado a ser su más querido tesoro. No tuvo que abrirlo para que la imagen de ella apareciese ante él. Pelo oscuro, ojos verdes y sonrisa dulce. Un retrato de su juventud que, desde su muerte, él había contemplado todas las noches antes de dormir mientras las lágrimas arrullaban su sueño.

Los sentimientos se sucedieron en su interior mientras el sol avanzaba hacia el oeste. Miedo, tristeza y rabia. Sobre todo, rabia. Todo era culpa de él, de su padre. ¿Por qué había tenido que matarla? Ella era buena, tan buena. Aunque su padre también lo había sido hasta aquel momento. No comprendía nada.

Padre le había asegurado que era inocente pero, aun así, estaba en la cárcel. Eso lo confundía, porque solo las personas malas iban a la cárcel, ¿verdad? Así que, a sus ojos, él era el culpable de que su madre ya no estuviese con él y de que su hogar hubiese desaparecido.

El ruido de la puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos. No tenía intención de girarse, pensando que era algún empleado del señor Culpeper que le traía la bolsa con sus pertenencias, pero le sorprendió escuchar una voz infantil.

—Por cómo pesa esto, debes ser un señoritingo *mu rico pa* tener tantas cosas tuyas.

Un niño escuálido, un poco más bajo que él, le miraba con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Teniendo en cuenta que la bolsa con todas sus pertenencias no tenía más de tres palmos, aquel comentario le extrañó.

—¿*Qués* lo que llevas al cuello? —inquirió el niño, entrecerrando los ojos.

Connor lo guardó en su puño de forma protectora pero no respondió.

—¿No *pues* hablar? —insistió ante su mutismo. Como él siguió sin abrir la boca el niño continuó hablando en un susurro confidente—. Será mejor que guardes bien tus objetos de valor. Por aquí hay mucha mano larga, sobre todo la de la señora Culpeper —advirtió con una mueca de disgusto—. ¿Me entiendes?

Él asintió.

—Vamos, no pongas esa cara. Mientras paguen por ti, no tienes de qué preocuparte. Te tratarán bien —aseguró al ver su expresión atemorizada.

—¡Rata! ¿Dónde te has metido?

La voz iracunda de una mujer llegó desde la planta de abajo, sobresaltándolos.

—Será mejor que me vaya ya. La señora *mestá* buscando —murmuró el niño, arrugando la nariz.

Antes de que saliera por la puerta, la curiosidad arrancó de la boca de Connor las primeras palabras pronunciadas desde la muerte de su madre: —¿Te llamas Rata?

—Rata. Maldita rata. Sucia rata. Rata de alcantarilla. Me llaman de muchas maneras —admitió el niño, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Supongo que alguna vez tuve un nombre, pero ya no me acuerdo. ¿Cómo te llamas tú?

—Connor MacDunne.

—Es un buen nombre.

Connor nunca había pensado en ello. Era un nombre y punto. Aunque supuso que era mucho mejor que llamarse Rata.

—Tal vez podríamos buscar uno mejor para ti —se atrevió a decir.

El niño lo miró con sorpresa, hasta que una sonrisa mellada, muy parecida a la suya propia, se dibujó en su cara.

—Eso me gustaría.

—¡Maldita rata! Cuando te encuentre te despellejaré vivo.

La voz de la señora Culpeper volvió a oírse prometiendo represalias. Connor se estremeció de miedo, pero Rata solo hizo un gesto de fastidio.

—¿Te va a despellejar? —preguntó, temeroso de que le pudiese pasar algo malo a su nuevo amigo.

—No, solo me dará algún coscorrón —declaró Rata, encogiéndose de hombros como si lo aceptara como algo normal—. Soy bueno haciendo mis tareas, así que no les conviene pegarme tanto como para no poder hacerlas.

Le guiñó un ojo y se giró para salir por la puerta, presto a responder la llamada de la señora de la casa, cuando Connor lo detuvo con una pregunta antes de que pudiera irse.

—¿Qué pasará si mi tía deja de pagar por mí?

Rata se paró en el umbral y sin girarse para mirarle, hundiendo los hombros, contestó con voz queda:

—Que perderás tu nombre y pasarás a ser una rata más.

## CAPÍTULO 1

*Londres, Mayo de 1888*

—Es usted la joven más bonita de este salón.

Lady Samantha Evangeline Amber Richmond asintió distraída a su acompañante, Ashley Williams, conde de Paddington. Era uno de los mejores partidos de la temporada: un joven atractivo, de cabellos rubios y ojos azules, con una reputación intachable y una fortuna considerable. Cualquiera de las damas casaderas que había en el salón hubiesen dado lo que fuera por estar recibiendo sus halagos... y Samantha se hubiera intercambiado gustosa con ellas, porque cuando había bailado entre los brazos del conde no había sentido nada.

Su madre le había contado en una ocasión que la primera vez que vio al duque de Bellrose, el pulso se le había desbocado y había sentido una opresión en el pecho. «Atracción», lo había llamado. Era un sentimiento impredecible. Podía darse en el lugar más inoportuno, con el hombre menos adecuado; pero una vez la sentías, era imposible resistirse a ella. Y eso era exactamente lo que ella estaba buscando, sin resultado hasta el momento.

—La mujer más bella de Londres —continuó adulando lord Paddington.

Samantha sonrió de forma automática a su joven y apuesto acompañante antes de llevarse a los labios el vaso de ponche, mientras sus oídos trataban de captar la conversación que se desarrollaba a su lado. No estaba bien visto que los caballeros hablasen de política en un baile cuando estaban en presencia de las damas, ese tipo de

conversaciones quedaban reservadas a los clubs masculinos, pero algunas veces los hombres se dejaban llevar por la pasión de sus ideales y se enzarzaban en una contienda verbal de lo más estimulante. Y eso solía suceder cuando alguno de los Richmond estaba presente, más aún cuando el baile en cuestión se desarrollaba en la residencia londinense de los duques de Bellrose, como era el caso.

—Para ser justos, el sufragio debería ser universal —expuso Nicholas, su hermano mayor y ahora marido de su mejor amiga Kathleen. Estaba manteniendo un acalorado debate con el conde de Dorsey, un hombre orondo de pelo canoso y espesas patillas, con una marcada ideología conservadora—. Todo el mundo tiene derecho a votar sobre decisiones que pueden afectar a sus vidas

—Inconcebible —masculló lord Dorsey. Las mejillas se le enrojecieron por la indignación—. Ya me pareció un desatino que con la reforma de 1884 se concediera el derecho al voto a los campesinos. ¿Qué será lo siguiente? ¿Dar el voto a nuestros criados? ¿A las mujeres? —añadió, despectivo, emitiendo una carcajada desagradable.

Samantha apretó con tanta fuerza el vaso que sostenía en la mano que temió romper la fina cristalería, reprimiendo el impulso de arrojar su contenido al rostro rubicundo del hombre. Tuvo que morderse la lengua para no tomar partido en aquella conversación y dar su opinión con libertad, porque sería una actitud impropia de una dama y Samantha había prometido a su madre que, al menos durante la primera temporada social, trataría de comportarse como tal.

—La flor más hermosa de Inglaterra —oyó que decía el conde de Paddington.

Samantha lo ignoró y contuvo el aliento, esperando la respuesta de su hermano. Y Nicholas no la defraudó.

—Lord Dorsey, los tiempos están cambiando. Las mujeres ya no se conforman con ser meras esposas. La Universidad de Londres hace ya diez años que acepta féminas

entre sus estudiantes, con unos resultados más que satisfactorios. Es lógico que se plantee la posibilidad de que ellas también tengan derecho al voto.

—Lo que estoy tratando de decirle es que sería el hombre más feliz del mundo si me concediera el honor de...

—¿Está insinuando que las mujeres tienen la misma capacidad intelectual que los hombres? —inquirió lord Dorsey al mismo tiempo.

—... ser mi esposa.

—Por supuesto —respondió Samantha sin dudar.

Dio un respingo cuando lord Paddington la cogió de las manos, situándose demasiado cerca para lo que dictaba la etiqueta.

—Me acaba de hacer el hombre más feliz del mundo —afirmó el joven, con una sonrisa radiante.

—¿Por qué? —preguntó ella, con un suspiro, molesta porque no la dejaba escuchar la contestación de Nicholas.

—Porque acaba de aceptar convertirse en mi esposa.

Aquello logró captar toda su atención.

—Yo no he hecho tal cosa —musitó, mirándolo desconcertada, con los ojos abiertos como platos, mientras daba un paso atrás para alejarse un poco de él.

La sonrisa de lord Paddington desapareció al instante, sustituida por una mirada de incompreensión.

—Pero se lo he preguntado y usted ha respondido «por supuesto» —balbució, confundido.

Samantha entendió al instante el malentendido.

—Le pido disculpas, milord, pero ha sido una confusión. Estaba distraída y no prestaba atención a sus palabras —confesó con sinceridad—. La respuesta que escuchó no tenía nada que ver con su pregunta.

Las mejillas del conde se tiñeron de rojo pero irguió los hombros y la miró con decisión.

—Lady Samantha Richmond, ¿aceptaría...

—Lord Paddington —cortó Samantha, antes de que él volviese a formular su oferta—. Es mi primera temporada y no tengo la intención de aceptar ninguna proposición de matrimonio, mucho menos de un hombre al que acabo de conocer hace escasos minutos.

El conde aceptó sus palabras con un breve cabeceo, pero su negativa no hizo mella en su voluntad, puesto que añadió sin perder el ánimo: —¿Me concederá entonces la oportunidad de visitarla en alguna ocasión para que podamos conocernos mejor?

No todos los hombres aceptaban el rechazo con ese aplomo y ella apreció el gesto, así que le dijo que lo consideraría siempre que su padre lo aprobase. El joven pareció darse por satisfecho porque se alejó de ella con una sonrisa esperanzada.

Samantha se giró, dispuesta a dar su opinión a la conversación entre su hermano y lord Dorsey, aun a riesgo de recibir miradas de censura de las matronas del salón, pero los hombres ya no estaban junto a la mesa de refrigerios. Una de dos, o habían acabado su contienda o habían decidido trasladarla a algún lugar más discreto. Pensó en buscarlos, pero cambió de opinión al percatarse de lo tarde que era.

Sus ojos recorrieron el salón de baile, observando las parejas que bailaban acompañadas por la juguetona melodía de la polca Pizzicato, de los hermanos Strauss, en busca de Kathy, pero no la encontró. En cambio, su mirada se detuvo sobre un rostro familiar: el de Emily Stuart, una de las bellezas de la temporada.

Su familia era de Boston y habían venido a Inglaterra en busca de un título nobiliario que adornase su inmensa fortuna, y estaban decididos a conseguir que Emily se casase con un par del reino para lograrlo.

Pese a que las intenciones de los Stuart eran evidentes, la hermosura de Emily, unida a un carácter extrovertido, habían hecho que hubiera más de un noble interesado en desposarla. En esos momentos estaba entre los brazos del duque de Morton, un hombre que posiblemente la triplicase en edad, pero que se ajustaba a la perfección a lo que la familia de Emily estaba buscando.

Por el rabillo del ojo vio a su hermano Joshua, mirando a la pareja con el ceño fruncido, y algo en su expresión la instó a acercarse a él.

—Es bonita.

—Es hermosa —puntualizó él.

—¿No crees que es demasiado coqueta?

—Es joven y vivaz, un soplo de aire fresco entre las debutantes almidonadas que ofrece Londres —explicó, mirándola embelesado.

—¿Perdona? —Samantha lo miró alzando una ceja, indignada por el comentario.

—Ya sabes de lo que hablo. Tú eres otra excepción —afirmó Joshua, restando importancia a su comentario con un ademán, sin apartar la mirada de Emily—. ¿Sabes? Creo que sería la esposa perfecta para un médico

—¿Lo dices en serio? —preguntó Samantha, mirándolo con asombro.

—¿Tanto te sorprende? —inquirió Joshua, sonriendo—. Tengo veinticinco años, y un empleo respetable. Ya va siendo hora de que siga los pasos de Nicholas y piense en formar una familia.

Su sonrisa provocó que varias de las damas que estaban a su alrededor lo miraran embobadas. Su hermano era demasiado hermoso para su propio bien. Que, siendo hijo de

un duque y teniendo el título de vizconde, hubiese optado por ejercer una profesión, aunque fuese la medicina, había sido censurado por muchos nobles, pero eso no había mellado en la atracción que despertaba en las mujeres. Todo lo contrario, su actitud inconformista lo había hecho todavía más deseable para ciertas damas.

—Sí. Bueno, no. No me sorprende. —se corrigió al instante, sabedora de lo mucho que le gustaban a su hermano los niños y que estaba deseando tener hijos propios—. Tan solo pensé que estarías interesado en otro tipo de mujer. —«Una más dulce y menos vanidosa», pensó para sí—. Además, no es por menospreciarte, pero creo que no te ajustas al perfil que los Stuart están buscando.

—Soy joven, atractivo, rico y un respetado médico.

—Pero solo eres vizconde.

—No creo que a ella le importe.

Samantha tuvo que morderse la lengua. Solo había hablado un par de veces con Emily y la impresión no había sido buena. Le parecía una joven consentida y codiciosa. Pero, al parecer, su hermano no veía más allá de su exuberante belleza morena.

—A ella puede que no le importe que tengas un gran título —dijo, no muy convencida de ello—. Pero ¿y a su familia?

Joshua entrecerró los ojos, pero no dijo nada. En cuanto el baile acabó se acercó a su presa, dispuesto a reclamar el siguiente baile. La muchacha lo recibió con una sonrisa que parecía sincera. No dudaba de que Joshua le resultase atractivo, pero habría que ver si su ambición por un título capitulaba ante la determinación del joven médico.

La mirada de Samantha dio por fin con su rubio objetivo, y sus pensamientos derivaron en su propósito de aquella noche, haciendo que una punzada de impaciencia y nervios la recorriera.

Kathleen estaba junto a la cristalera que daba al jardín, conversando animadamente con una joven dama de cabellos de fuego: la condesa de Fullford. Viéndolas juntas, con sus vestidos elegantes y modales impecables, nadie pensaría que las dos jóvenes compartían un pasado escandaloso relacionado con el mísero distrito de Whitechapel. Pero ese era otro de los muchos secretos que escondían los Richmond.

Samantha se acercó resuelta hacia ellas rechazando a los jóvenes que intentaban abordarla para solicitarle una pieza de baile.

—Ha llegado el momento.

Los ojos color índigo de Kathleen la miraron con preocupación.

—Sam, ¿estás segura?

—Lo que quieres hacer es una verdadera locura —convino Lorraine, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Lo sé, pero si no cometo locuras hoy, tal vez no pueda cometerlas mañana —replicó Samantha con una sonrisa ladeada—. Tan solo dime si todo continua según lo previsto —susurró mirando a Kathy.

—Sí, la señora Veillard te aguarda. Pero, por Dios, Samantha, sé discreta. Si alguien te descubre...

—Tranquilas, seré invisible —aseguró, con un guiño.

Las dos muchachas la miraron con escepticismo, pero Samantha no se desanimó. Se despidió de ellas con la promesa de que tendría cuidado y luego informó a sus padres que se iba a ir a dormir alegando que tenía un poco de jaqueca.

No le gustaba mentirles, pero ellos nunca aprobarían lo iba a hacer. Y Samantha no iba a consentir que nadie frustrase sus planes.

Esa noche iba a visitar El Jardín Secreto.